

LA SOCIEDAD LÍQUIDA. REFLEXIÓN SOBRE UN CICLO DE CONFERENCIAS

Justino López Santamaría
Instituto Superior de Filosofía (Valladolid)

Resumen: Crónica de las jornadas dedicadas a “La sociedad líquida”, organizadas por el Seminario de Sociedad y Cultura contemporáneas (SEMSOCU) de la Universidad Europea Miguel de Cervantes y el Instituto Superior de Filosofía de Valladolid, entre abril y mayo de 2007.

Cada vez somos más conscientes de la existencia de una profunda grieta o hendidura en la sociedad industria occidental de nuestro tiempo, que nos hace replantearnos las interpretaciones que hemos dado de la modernidad. Tal resquebrajamiento ha dado lugar a lo que Ulrich Beck ha llamado “la sociedad del riesgo”. Hechos que antes se nos aparecían como sólidos, se resquebrajan ahora y se erosionan; la modernidad ha dado lugar a cambios tecnológicos de tal calibre, de tal poder de peligro, que la humanidad ha caído en ciertos síntomas de pasmo, de incertidumbre y, sobre todo, de miedo. Pero por otra parte, nuestra sociedad puede calificarse como “sociedad del deseo”, del deseo insatisfactorio, con un afán excesivo de consumo, del teléfono móvil y de automóvil, de los viajes, de la rapidez en casi todo. Todo esto, tanto por lo primero como por lo segundo, ha dado lugar, por ende, a una pasmosa inestabilidad e incertidumbre; “la inseguridad afecta a todos, inmersos como estamos en un mundo líquido e impredecible de desregulación, flexibilidad, competitividad e incertidumbre endémicas” (Bauman). Los acontecimientos, el ritmo tan vertiginoso que ha tomado la vida, los flujos cada vez más notorios nos sorprenden y nos catapultan a continuos cambios. Zygmunt Bauman ha ejercido una gran influencia en la sociología al interpretar la realidad actual con sentido crítico.

Hay una palabra para definir esta realidad de la segunda modernidad, la palabra *post*, postindustrial, postmoderno, “nos confrontamos con una realidad que parece desvencjarse” (Ulrich Beck), y aparece otra expresión no

menos acertada, para expresar la segunda parte de lo que estamos hablando, "sociedad líquida", o "modernidad líquida", metáfora de Zygmunt Bauman para expresar lo que es nuestra sociedad contemporánea occidental: "estamos inmersos en una realidad en movimiento".

"La vida líquida", en expresión de Bauman, es "la manera habitual de vivir en nuestras sociedades contemporáneas", donde no hay un rumbo determinado, porque la sociedad en cuanto líquida no se mantiene en la misma forma. Lo líquido tiene que ver con lo precario; lo contingente; tiene que ver con la finitud, lo diverso, lo que no es necesario, con la historicidad, con la desaparición de puntos fijos en los que colocar la confianza del sujeto y las instituciones, con los flujos constantes; tiene ver con lo evanescente, con lo que se nos escapa, con lo que dura poco. Lo "líquido" es lo que no puede conservar su forma y lo que cambia con la mínima presión; no es una metodología sociológica por tanto, sino, como digo, una metáfora sobre el modo de ser.

No tiene que ver con la libertad, sino más bien con el decisionismo, con la exclusión de las posibilidades que tenemos de elegir (Joaquín Esteban Ortega). Zygmunt Bauman ha revivido la imagen metafórica del agua. Es la imagen que mejor evoca nuestra época (liquidez imperante) la del río de Heráclito: "*no nos podemos bañar dos veces en el mismo agua*". Bauman llama al último período de nuestra historia "modernidad líquida", es decir, el período que se abre con la Guerra fría, allá por los años cincuenta del siglo pasado, y que llega hasta nosotros; también se la puede llamar "modernidad reflexiva" o "segunda modernidad". Una época, como la nuestra, en que se impone lo fluido, lo dinámico frente a lo sólido y lo estable de la primera modernidad. Dicha "segunda modernidad" ya no se deja nombrar como revolución y apenas ya como progreso.

La licuefacción social alcanza a todos los ámbitos; donde antes había lazos sólidos y tranquilizadores (la familia, el amor, la nación, la educación, la política, la ética, etc.), ahora se derriten, lo que provoca la incertidumbre sobre el futuro, la desconfiguración de las normas y la inestabilidad de los comportamientos.

Pues bien, del día 26 de abril 2007 al 31 de mayo, la Universidad Europea Miguel de Cervantes a través del Seminario de Sociedad y Cultura contemporáneas (SEMSOCU), juntamente con el Instituto Superior de Filosofía de Valladolid, organizaron una serie de conferencias para los jueves, dedicadas a la "Sociedad líquida". El objetivo de ellas era reflexionar a través de la metáfora de Zygmunt Bauman, verdadero mentor de estas conferencias.

Imposible hablar de todo lo que ha supuesto esta segunda modernidad. Se escogió una serie de temas más incidentes en nuestra vida ordinaria y acordes con el tiempo del que se dispuso: temas sobre el consumo, la política, la educación y la televisión. El ciclo fue presentado por Joaquín Esteban Ortega, Vicerrector de la Universidad Europea Miguel de Cervantes.

Bajo el título “La liquidez como imaginario social contemporáneo” el doctor Celso Sánchez Capdequí, sociólogo y profesor de la Universidad pública de Navarra, aborda el tema de la “liquidez”, la gran metáfora de nuestro tiempo para acercarnos a la sensibilidad que nos ha tocado vivir. Establece, en un marco general, por dónde van los elementos simbólicos, conceptuales, de lo que es lo “líquido”.

En principio, el decorado que nos toca vivir apunta a que lo temporal dura poco, dada la escasa y corta duración de casi todo: las relaciones humanas, las relaciones sociales, los contratos de trabajo, todos ellos mueren muy jóvenes. Frente al hombre controlador de la primera modernidad, que quería conocer para predecir y anticiparse a los acontecimientos, hoy no hay lugar para predecir prácticamente nada, porque vivimos y habitamos el domicilio del instante. Además no hay continuación entre los instantes; la “ratio” de los tiempos ha quedado inconexa.

Por otra parte, surge una idea, muy simmeliana, que habla de la “cultura de lo evanescente”, de lo líquido. La materia se va a depurar, va a desaparecer y vivimos en un mundo fantasmal, en un tiempo en que la ciudad es ya un horizonte de sobreestimulación. Hay otro elemento, lo que C. Lash ha llamado la “*desdiferencia estética*”, en el sentido en que es la nueva fase en que está viviendo el capitalismo para sobrevivir a sus propias contradicciones. La modernidad es un capitalismo de ocio, como dice Bauman; de ocio porque vende ensoñaciones, mitos. El capitalismo crece de vendernos sueños. Ya no vende productos de primera necesidad, por lo menos en los países desarrollados. Nos vende signos, símbolos, que en principio nos singularizan, pero también “nos comparan con”.

Nuestra época conjuga mal cualquier tipo de límite. Los límites tienden a ser socavados por el torrente en el que estamos viviendo. Los grandes límites están cayendo, como cayeron hace poco los relatos: el límite religioso ha ido desapareciendo de nuestra vida (Nietzsche: “Dios ha muerto”); la religión ha perdido incidencia y se ha privatizado, cuando no ha ido desapareciendo de nuestra vida; el límite de la ética igualmente ha desaparecido; su hueco lo toma la estética consumista, porque ella ha tomado el lugar de aquella y es el lazo que aglutina las comunidades emocionales. Los grupos de jóvenes se asocian no por una idea de salvar el mundo, sino por un punto emocional común en el que se reconocen.

El poder político, el Estado, es incapaz de controlar los flujos económicos e informativos que atraviesan fronteras. Si el Estado era un elemento natural para controlar el territorio, el espacio, hoy la sociedad, se ha convertido en algo extraterritorializado. Vivimos de lo que deciden otros que están en las antípodas tanto en clave económica, en clave política, como en clave cultural. Hoy el nuevo espacio es el de los flujos. Es una nueva realidad muy sutil, líquida, incontrolable desde lo territorial.

El nuevo poder extraterritorializado y mutante pretende ahora dar el golpe de gracia al último límite que le queda: la diferencia entre la verdad y la falsedad. Pierre Bourdieu nos alerta del peligro constante en la sociología: nos invade la información, y se confunden la verdad y la falsedad, se juega con los simulacros, los “ídola públicos” que se convierten en categorías, tal como anunciaba Baudrillard.

El caos que viene es producto de diseño, es decir, hay una nueva clase difusa, la de la economía financiera que se sirve del caos, una clase que se invisibiliza, sin dejar huella; una nueva modalidad de la desigualdad social que se convierte en leve y sutil. Y lo curioso es que esta nueva modalidad tiene un nuevo componente de poder. Por eso dice Bauman que se ha establecido un nuevo componente de desigualdad. Una nueva clase social que escapa a cualquier control, porque no hay control, ni norma, ni límite, ni tan siquiera el Estado puede con ella.

Si el hombre es un ser indeterminado (Heidegger), somos seres inacabados, es porque el hombre es una potencialidad. Precisamente por esto caben diversas maneras de determinación del hombre. Nuestras identidades no están cerradas por la naturaleza. Y no le agota el actual sistema social. El hombre está siempre por definir cómo quiere vivir, qué quiere ser. Ahí está el componente imaginario que le permite al hombre hacerse.

El 3 de mayo el doctor en Ciencias Económicas y catedrático de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid, Luis Enrique Alonso, nos ofrece una buena perspectiva de lo líquido desde el punto de vista del consumo, que es uno de los grandes hilos conductores para entender la “sociedad líquida”. El título de la conferencia es “Consumo y cultura de la liquidación total”. Alonso examina la cuestión del consumo y su universo cultural (moral) en términos baumanianos, es decir, el consumismo que ha recreado las nuevas formas de expresión de la desigualdad, que se presenta como la nueva economía amoral de las multitudes posmodernas. Nos presenta los dos modelos de sociedad de consumo: el primero, del que venimos, es el de la sociedad sólida, de seguridad, de bienes duraderos, de adquisición de status. El segundo, el modelo de sociedad licuefactada. Si el primero se caracteriza por la ética del trabajo, el segundo desplaza la ética del trabajo por una estética del consumo. La ética del trabajo era el eje axial de un amplísimo programa moral educativo para asignar y fijar tareas a los hombres en el proceso productivo. Ante un inmenso torrente de mercancías tanto materiales como inmateriales que se difunden globalmente aparecen en su cara más oscura más y nuevos pobres, incluso una nueva definición social y moral de pobreza. En la modernidad líquida, dominada por criterios estéticos y con el consumismo como sucedáneo moral, ni tan siquiera los trabajadores conservan el valor ético que se les asignaba como mínimo reconocible en el capitalismo histórico. Aparece un nuevo tipo de sociedad: “la sociedad de consumidores” (Bauman), regulada por el principio del placer, y no por el principio del esfuerzo. En esta socie-

dad el no consumidor es excluido y convertido en el signo inapelable del fracaso personal.

El consumismo está asociado a la fugacidad del acto de elección y a la insatisfacción garantizada que reclama otra compra. El mandato de la modernidad líquida es paradójico: "consumir para ser libres". Las mercancías son producidas para el consumo inmediato; su valor no reside en la utilidad o en la duración, sino en la comercialidad. Pues aunque no hayan sido usadas se pueden volver obsoletas. Una cultura montada sobre el consumo produce individuos narcisistas, y no porque les haga ambiciosos y autoafirmados, sino porque los vuelve débiles y dependientes; porque les mina la confianza en la propia capacidad para entender y modificar el mundo.

Fernando J. García Selgás, profesor titular en el Departamento de Sociología V (Teoría sociológica) de la Universidad Complutense de Madrid, presentó el tema "Política en/de la fluidez social". Nos ofreció una perspectiva muy teórica sobre el aspecto político de la sociedad líquida. Su objetivo es articular el modelo teórico de la fluidez social. La fluidificación de lo social es un fenómeno histórico y, por ahora, sólo tendencialmente dominante, pero todavía no es del todo ni en todo lugar.

La realidad social, desde Aristóteles, se ha entendido de dos maneras: primero como modelo sustancialista, que encuentra un soporte sólido de la realidad social en algún tipo de naturaleza, sea ésta el individuo, o de esencia, sean la racionalidad, el progreso, la comunidad de individuos que se asocian, y que luego forman el Estado; y, segundo, como modelo formalista, estructuralista, tal como lo han entendido algunos sociólogos como Durkheim, G. Simmel, N. Luhmann, que han querido ver la solidez de lo social en la forma o estructura que lo constituye. Desde hace cuarenta años, debido al reconocimiento de hechos históricos y de cambios materiales, quizá sea mejor considerarla como una realidad de flujos. Su estado es de forma inestable, fluida, cambiante y sin límites. Ahora bien, siendo así, fluida, informe, se hace inasible, y plantea el problema de cómo gobernarla, o cómo podemos organizarla. Este modo de pensar de la vida social plantea dos cuestiones, que están unidas entre sí: la primera, la política, y la segunda la cuestión ontológica, qué tipo de cosa es. Si nos aferramos a la noción clásica de política difícilmente es posible la vida social, pero si entendemos que la política también ha sido objeto de la misma fluidificación, no sólo hay política, sino que hay más política que nunca, pero no en el sentido tradicional del gobierno de lo público, del Estado.

Los procesos que han terminado produciendo la fluidificación han sido aquellos que se identifican con la globalización. Así ocurre con el paso del capitalismo industrial al capitalismo financiero, con la revolución tecnológica, sea esta de la información y de la comunicación, pero especialmente con el predominio de la cultura mediático-virtual: cine TV, Internet. A éstos se unen otros que han llegado a desbaratar la solidificación que había caracterizado a la modernidad: el calentamiento global, la emancipación de la mujer,

o mejor, las múltiples maneras de ser mujer. Todo ello ha resquebrajado el isomorfismo del sujeto social, ha producido la inestabilidad de las identidades y la fragmentación de las subjetividades, el creciente predominio del valor signo en el capitalismo consumista e hiperreal.

Esto es lo que ha llevado a M. Castells a hablar de una emergente sociedad de redes y flujos, a Bauman a referirse a la "sociedad líquida", y a García Selgás a postular la defensa y conveniencia de considerar la realidad social bajo el modelo ontológico de la fluidez.

Cuando hablamos de una realidad social fluida o no, siempre hablamos de unos ingredientes básicos de lo social como son actores, leyes generales, espacio-tiempo. Nosotros vemos la fluidez en los tres. Por ejemplo, la identidad, el qué soy, quién soy, necesita reafirmarse. El individuo no tiene ya el refugio cálido del lugar como lo tuvo antaño, sino que está expuesto a la fluidez, a la movilidad, a la inestabilidad. La identidad ya no es un refugio sino que se convierte en un problema en muchos casos. Véase si no cómo el consumismo amplifica la inestabilidad. Lo mismo ocurre con otra realidad, la del espacio-tiempo que parece comprimido. En un momento dado podemos tener una multiplicidad de noticias de países lejanos y no tener noticia de lo que ocurre a doscientos metros. O las decisiones de que yo pueda estar trabajando aquí se toman en distintos lugares alejados del espacio en que yo estoy trabajando.

Decía Bauman que el control y el poder que se ejercen sobre nosotros no siguen hoy la forma disciplinante panóptica, es decir, no es un control de unos pocos que vigilan a todo el mundo. El poder se ejerce hoy al modo seductor de lo "sinóptico": se nos hace estar atentos al espectáculo, entretenidos con él y permanecer como meros espectadores. Lo importante no es lo que pasa, sino recoger nuestra atención. Ocurre lo mismo con los actores políticos de la modernidad, que no tienen mucha capacidad de gobernar, porque están al vaivén de las grandes fuerzas económicas. Parece que no hay un sujeto de la política, desde el momento que creemos que el sujeto tiene que ser un individuo. No, no hay un sujeto colectivizado; sin embargo hay movimientos polimorfos, que alteran los procesos del orden. Cuando lo vemos a través de la realidad fluida, vemos la complejidad de lo político.

Hay política donde hay alteridades, donde hay elementos inestables que necesitan ejercer fuerza para estabilizarse.

El 17 de mayo, el profesor Joaquín Esteban Ortega, Vicerrector de la Universidad Europea Miguel de Cervantes, nos habló de "La educación líquida". Los cambios que nos tocan vivir afectan de lleno a instituciones y de una forma clara a la educación. ¿Qué fenómenos son lo que concurren en la licuefacción? Todas las dinámicas de la globalización, de los grandes flujos, de las redes, de las nuevas tecnologías, de los medios de información, de las dinámicas neoliberales, etc. ¿Qué instituciones son las afectadas? Todas, pero de manera especial el Estado, la estructura social, la cultura, la educación,

el trabajo, la subjetividad. El Estado, se ve afectado porque no está claro el vincular Estado, nación y territorio. En ese sentido las fronteras se hacen permeables y hay una expansión de la política al ámbito internacional. Por lo mismo el tema de la educación se ve afectado, porque por norma general las ideologías han utilizado la educación para ratificar el Estado. Esto tiene que ver con una devaluación de la política a favor de las estrategias y de los flujos del mercado.

Estamos cada vez más vinculados a un individualismo estructural: se trata de un proceso claro de individualización, que tiene componentes descriptivos; las colectividades se están viendo afectadas en detrimento de la individualización; en este sentido, la desterritorialización equivale a la devaluación de la vida política, a la poca participación pública.

Hay una descarga socializadora importante en las instituciones: la familia, la escuela, los partidos. El decisionismo atraviesa todas estas instituciones; aparecen agentes sociales, nuevas solidaridades que sustituyen al Estado; las sociedades se convierten en sociedades de vértigo. La cultura se está viendo afectada; el exceso de flujos informativos nos está llevando al tema de cómo seleccionamos la información. La cultura se convierte en un simulacro mediático (Baudrillard, "la cultura como simulacro"). La educación tendrá que dar una respuesta a estos problemas, pero está atrapada en las mismas redes de la "sociedad líquida"; ella misma ha caído en el pozo que tenía que evitar, el error, la incertidumbre. El profesor ha pasado a ser un profesional reflexivo. Hay un estallido de la educación no formal. Hay un claro paso de la enseñanza al aprendizaje. La escuela está sustentada por la burocracia que se concreta en la clasificación de sujetos y en el examen; en ella dominan los paradigmas científicos de simplicidad. Frente a un tiempo en que la escuela se identificaba con lo oral, nuestro mundo es un mundo de imágenes. De ahí un indicio de explicación del fracaso escolar, por el desfase del mundo de la calle y de la escuela.

El maestro es otra de las transformaciones en la sociedad líquida, en la medida en que el maestro de la escuela tradicional, en tanto que tenía la legitimidad de transmitir un conocimiento seguro e inapelable, se convertía en un individuo legítimo por parte de la estructura social. Sin embargo, en la situación actual, la ciencia, que se carga de incertidumbres, no le proporciona, como tampoco el propio sistema, la seguridad de ser un transmisor de verdades objetivas. El maestro se convierte más que en profesor en un facilitador del aprendizaje, no tanto en un transmisor de enseñanza. La evaluación se la tiene que conferir a sí mismo, más que venir del exterior.

La educación no formal, que siempre ha existido, en la sociedad líquida ha estallado. Y ha estallado porque la educación ya no puede considerarse como un proceso limitado en el espacio y el tiempo, confinando en las escuelas. Esa descarga del Estado está generando una reacción de la sociedad civil. La educación formal da respuesta a todas esas necesidades que el Estado empieza a no cubrir. Surge como iniciación de la ciudadanía, como resultado

de la flexibilización social y de los comportamientos individualizados, donde los espacios ciudadanos y la calle se ganan: alfabetización, bibliotecas, animación sociocultural. La educación no está concretada en una determinada etapa. Pensemos en la formación permanente, en los procesos de formación, la enseñanza a distancia... De la enseñanza liberal a la profesional; de la enseñanza teórica a lo práctico; de lo disciplinar a lo interdisciplinar e integrado; del conocimiento como verdadero al conocimiento como contingente y relativo; del aprendizaje memorístico al aprendizaje reflexivo y significativo. Los centros educativos tienen que adaptarse a los empleadores. Las sociedades de la segunda modernidad son sociedades aprendientes. En la primera modernidad, las consecuencias eran asimiladas más fácilmente. Nuestra sociedad ya no puede asimilar las consecuencias del desarrollo y del progreso.

El 31 de mayo, jueves, tuvo lugar la última conferencia, de Gerard Imbert, profesor de Comunicación audiovisual de la Universidad Carlos III de Madrid, con el título "La hipervisibilidad líquida en la neotelevisión". Si el concepto de liquidez tal como lo entiende Bauman ha planeado sobre este ciclo de conferencias, Imbert aprovechó para describir lo que ya Umberto Eco llamaba, allá por años 90, la neotelevisión, o lo que podríamos calificar de postelevisión, es decir, una predicción cada vez más lúdica de ella que juega con las presentaciones de la realidad, que se sitúa en la frontera de los géneros y que se caracteriza por su fuerte fragmentación e hibridación; una televisión que parece haberse salido de la órbita de lo real para inventar nuevas formas de realidad, de comunidad, tal como lo hemos visto en los *reality*.

La televisión ya no es la "ventana al mundo", lo que fue durante décadas. La de ahora se separa de los objetos del mundo y se centra más en los sujetos, en lo relacional, en las interioridades, en los secretos, esto es, en un intento de resurrección de lo real, en un mundo en que está en crisis no sólo el discurso público en su vertiente periodística y política, sino el relato sobre el mundo, las representaciones del mundo, en particular el modelo lineal, unitario moderno. Ante la imposibilidad de presentarse ella misma como discurso, la postelevisión ofrece un discurso informe o líquido, como dice Bauman, un discurso que privilegia el ver sobre el saber; ha perdido la mirada cognoscitiva que se basa en una mirada microcósmica, que Imbert ha llamado la "hipervisibilidad televisiva", que es como una especie de vuelta a lo real bruto, informe, sin articular el relato ni siquiera el discurso. Una televisión que construye su propia realidad; una televisión que propone una oferta de realidad marcada por la ambivalencia, que se desenvuelve en lo que se ha llamado el "*entre deux televisivo*", el "territorio de nadie", que se mueve entre categorías opuestas, entre categorías sensibles que oscilan entre lo eufórico y lo disfórico, entre orden-desorden, entre un sentir positivo-negativo, pero que oscila también entre categorías simbólicas en cuanto a la representación de la realidad con el mundo y con la ficción: lo documental y la invención de la realidad. Una realidad *sui generis*, que no es del todo documental, ni tampoco exactamente ficticia.

Es una televisión de la hibridación y de la exploración de la realidad y, en particular, dentro de límites ambivalentes; lo paradójico es que este moverse en este *entre-deux*, entre polos extremos, se hace sin que esto resulte contradictorio: uno puede pasar de un extremo a otro. La hipervisibilidad es una exacerbación del ver, que hipertrofia la vida mediática, que se entromete en los recovecos más secretos y que afecta al conjunto del discurso televisivo. La hipervisibilidad remite a una mutación profunda en la visibilidad moderna, dispuesta a ver todo, cuya cara oculta es la fascinación por lo invisible. Algunos ejemplos son "La máquina de la verdad" en algunos programas, o los programas de hipnosis, o ciertos *reality*, el acoso simbólico, etc. Es lo que se ha llamado el "efecto lupa", porque intenta ir más allá de lo real visible para adentrarse a lo invisible. De ahí, la fascinación por el horror, por el accidente, la catástrofe, por todo cuanto produce ruptura. De ahí también la atracción hacia lo deforme, lo monstruoso. Todo esto es la expresión extrema de este juego de deformación de la realidad, juego "neobarroco", según expresión de algunos, sobre la forma de la representación. Es lo que se ha llamado el "transformismo televisivo". Una manera posmoderna de mutar la realidad, de "trasvertirse".

Azar, indeterminación, son otras tantas figuras vinculadas a la liquidez de las relaciones humanas en la postmodernidad; unas relaciones donde la intensidad, el anclaje en el presente, de alguna manera, compensa la falta de previsibilidad de las relaciones, donde el presentismo absoluto contrarresta la ausencia de proyectos.

¿Qué valores subyacen a todo esto? Seguramente uno de los rasgos que domina las relaciones humanas es su fragmentación e inestabilidad. Ulrich Beck ya definió en el año 1997 la desvinculación social del individuo en la "sociedad del riesgo", precisamente ante estas dos características: incertidumbre y ambivalencia, ambas derivadas del carácter imprevisible, incontrolable de los conductos sociales. La televisión fustiga todo esto y de alguna manera lo produce. Esta fragmentación de carácter e inestabilidad se recrea cada vez más en la escenificación primero en un sujeto inseguro, y traumatizado, un sujeto expuesto a la permanente mirada ajena, un sujeto puesto a prueba en los juegos de supervivencia, un sujeto incluso cuestionado en su imagen pública en juegos con pruebas humillantes... Un sujeto desnudo, expuesto a la imagen pública. La ambivalencia no sólo afecta al sujeto sino que afecta también a los roles, a la identidad. ¿En qué consiste la ambivalencia televisiva? En oscilar entre lo eufórico y lo disfórico: pasamos de una categoría a otra, de los informativos al entretenimiento, del llanto a la risa. Con esto se asienta una verdadera cultura de la crispación, como ocurre en otro orden más serio, la política. En todo este juego es donde prevalece la ambivalencia: en los formatos eufóricos y disfóricos. La realidad construida por el medio toma prestadas categorías opuestas y se recrea en una especie de documental ficticio, entre la realidad y la ficción. Podríamos distinguir dos tipos de ambivalencia: una, la de tipo categorial, relativa a la naturaleza, que se sitúa entre lo real y lo verdadero; la otra, la ambivalencia en cuanto a los valores: el

amor a lo cutre, la tendencia al exceso, traducida en el “barroquismo” de las formas, que termina siendo, la mayoría de la veces, esperpento, parodia. Nos sitúa más allá de lo bello, de lo sublime, diluye por completo la frontera entre lo bello y lo feo. Afecta también a valores éticos con la promoción de héroes negativos, que hacen gala de su desparpajo, de su desfachatez, a veces de cinismo, y de aprovecharse del “medio” y del otro. Lo negativo, la negación del otro se erige en referencia dominante, el acoso en medio periodístico, la invectiva en auto-afirmación.

En conclusión, retomando la terminología de Bauman de “licuefacción”, en un juego de palabras, vamos a la “liquidación” de la realidad. La televisión actúa como espejo, claro, espejo espectacularizado e incluso deformado. El sujeto que aparece allí es un sujeto fragmentado que busca su unidad pero que no la encuentra, que oscila permanentemente. Un sujeto puesto a prueba, dividido entre lo eufórico y lo disfórico, entre el sentir positivo y el negativo. Todo esto es, pues, la postelevisión: un discurso desterritorializado. Un discurso que diluye las fronteras tanto categoriales como identitarias. Un discurso que se sitúa en la frontera de los géneros, como dijimos, que da lugar a la caricatura, al pastiche, a la imitación, a la burla carnavalesca. Discurso que no tiene límites bien definidos ni discursivos. Discurso que no tiene límites temáticos; en el que todo “cabe”. Cualquiera puede opinar sobre cualquier cosa. Tampoco tiene límites formales. El gusto por el disparate, la moda de lo grotesco, dan forma a esta estética del descuido, de la despreocupación, del compromiso que nos sitúa en las antípodas de una ética de la responsabilidad y del respeto, de la atención al saber y al otro.

Y así terminamos la conferencia y el ciclo con una frase de Morfeo, de *Matrix*: “Bienvenidos al desierto de lo real”; eso sería la postelevisión, que Imbert adaptó para decir: “bienvenidos al reino de lo hiperreal”.